



en jam jore

de HISTORIAS

Javier Perucho



Naveluz

NAVELUZ

Benjamín Barajas, director de la colección

© Javier Perucho, 2015, por los textos

Edición Edgar Mena

Dirección de arte y diseño Carolina Fernández

Ilustraciones Rubén Guerra

NAVELUZ

Departamento de Comunicación de CCH Naucalpan,
Proyectos Editoriales CCH Naucalpan, Departamento de Impresiones de
CCH Naucalpan.

Calzada de los Remedios 10, Colonia los Remedios,

Naucalpan, México, CP 53400

Impreso en México

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México, por lo que no puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación, o transmitirse en forma alguna por cualquier medio de cualquier procedimiento, sea este mecánico, electrónico, de fotocopia, grabación o cualquier otro que no se haya descubierto aún, sin el previo permiso del autor o del editor.



en jam jore

de HISTORIAS

Javier Perucho

Ciudad de México

MMXV



QUÉ NOCHE TAN TRISTE



Luto

—¿Los muertos?
Fuimos cuarentaitrés.

En la penumbra

El resplandor de la hoguera no bastó para iluminar la penumbria del basurero.

Sepulcro sin nombre

Cuando los sepultaron, apenas cavaron en la superficie del terreno, llano, sin árboles ni rocas. Cuando el enterrador ensartó un ramillete de flores a los pies del túmulo la indignación afloró.

Vox populi

¿La sinrazón? No, fue el mal
quien los mató.

Desamparo

Es difícil hallar la verdad de esta pregunta, ¿quién los apiló sobre la hoguera? ¿Narcos, soldados, policías, líderes? Todos ellos balbucean una verdad: la suya.

Nunca sabremos la respuesta.



Sepulcro

En esta tumba sin nombres yace
la memoria de los incinerados.

Últimas palabras

¡Guarden silencio! Fue la orden que el incendiario gritó a los amontonados en la pira ardiente.

Ilusión

¿Esperanza? Entre los leños de la hoguera fue incinerada la esperanza. El ideal de los ilusos así quedó calcinado.

Murmuraciones

¿Escuchas esos murmullos? Proviene de las llamaradas, se desprenden de la madera, se fugan del túmulo. Ululan paz de sepultura.

Capirote

En esta muerte calcinada, los políticos, el narco y los milicianos vistieron a los verdugos.


El rédito de los optimistas

El crimen fue el pan y la sal de los aduladores, los panegiristas y los indignados. Fue la nueva causa que regaló un fruto maduro a los acaparadores de la esperanza.

Trágica

Como sobrevivió a los incinerados
ya no lo consideran un héroe.

Lapidaria

Un monumento lapida la memoria
de los extinguidos por el fuego. 

LOS DERRUMBES DE LA NOCHE



Receta

El Pozolero le confesó a su compadre en una noche de copas: Yo los divido en cabezas, torsos, brazos y piernas antes de tirarlos a la cazuela.

Mensaje

Si me piden pruebas de vida, les trozo la mano derecha, la envuelvo en papel periódico y se las envío a sus familiares por mensajería.

Pozolero

Los ejecutados sufren durante el desmembramiento. Gritan al trozarles la cabeza; lloran si les serruchas el brazo. Cuando blandes el hacha, se les desorbitan los ojos. No dicen nada cuando les pegas un tiro en la nuca. No sé porqué.

Silencio húmedo

Por la venda que tapiaba mis ojos, nada del entorno percibía, pero los recuerdos asaltaban mis días en el encierro: Mi niña alzando su biberón desde la cuna, pidiendo leche por la primera vez; los pasos de mi marido cuando regresaba a casa; la voz de la abuela; la deuda con el banco; las carcajadas de la vecina en viernes de soltería; la edad de mi hija: tres años. No podía quedarme aquí, me repetía al pensar en su edad. Desde que escuché su voz en el estacionamiento de mi casa, odié al secuestrador. Lo mataré, me prometí en el silencio húmedo de la cueva.

Promesa

Tengo que escapar, fue mi promesa repetida día tras día. Cuando bebía aquella agua apestosa. Al escuchar el rumor de unos pasos. Mientras labraban los perros. Luego rezaba y me encomendaba al Señor.



Declaración (I)

Sí, maté a mi secuestrador.
¿Qué, es un crimen?

Nocturno

Los perros ladraban por miedo durante las noches. El secuestrador les gritaba para callarlos, los pateaba o lanzaba una pedrada, pero seguían con sus aullidos.

Reclamo

Comete usted un delito, le reclamaba la señora. El eco de su voz se repetía en la oscuridad de la cueva. ¿Quién me castigará por eso?, le contestaba el secuestrador mientras le colocaba a ella su pistola entre las piernas.

Los derrumbes de la noche

Supé que estaba encerrada en una cueva cuando me llevó al baño. Me desató las manos para orinar. Así, aflojé suavemente el trapo que servía de venda. Aproveché el momento para entrever ramas, un lunar de grava, la claridad en el horizonte. La excavaron en una ladera. La opaca luz del atardecer me ayudó a percibir esos retazos de realidad. Entonces no dejé de repetirme: Te mataré. Te mataré. Te mataré. Respiré lentamente, me acomodé bragas y pantalón, entonces le dije que estaba lista. Caballerosamente me regresó a la cueva.

Declaración (II)

Quería apretarle el cuello con las manos, pero cuando olvidó la pistola sobre la silla, aproveché el instante para cocerlo con cinco balazos.

El refugio

¿Tiene derechos el secuestrador?
¿Y los míos, señor juez? Él me encerró primero en una casa, luego me llevó con sus cómplices a una cueva. Ahí estuve días sin término, padecí noches sin cobijo, hambre y sed al amparo de mis recuerdos. Usted no hizo nada. Yo sola llegué hasta aquí, así que no recrimine mi conducta. Y hable menos en nombre de esos delincuentes.

Alto

Me detuve para abrir el portón, bajé del coche y, antes de meter la llave al zaguán, una voz me gritó, Ya se chingó, súbase al coche. En un instante me arrancó las llaves y me subió a empujones al asiento trasero. Para que no gritara me dio unos puñetazos en la boca. Entreví por el retrovisor que en otro auto lo esperaban sus compinches. Antes de arrancar, me acostaron. Alguien se sentó arriba de mí. Por un tiempo manejaron por calles y avenidas hasta que llegamos a lo que supongo era una vecindad. Ahí me bajaron. Hablaron con un sujeto, quien me cuidó desde ese momento. Fue el mismo secuestrador que se quedó conmigo en la cueva que utilizaron para esconderme.

Despedida

Una noche, a empellones, cachetadas y manoseos en los glúteos y pellizcos en los senos, me sacó de la vecindad. Subimos una cuesta. Cuando la remontamos, me destapó la cara, anudada con un trapo sucio. Me susurró al oído, Aquí estarás hasta que tu marido pague el rescate. Nada te pasará si tú obedeces. Toma esta cobija, por las noches cala el frío. Aquí no hay agua ni comida. Tan pronto quieras orinar, me avisas. Tus nalgas y tus chiches ya las palpé, así que será gustoso vértelas con la ropa a media hasta. ¡Qué chulada de vieja! Si tu esposo no deposita pronto el dinero, serás mía. Únicamente mía. Y luego te despides de tu familia porque te quedarás entre esos cerros. Así aprenderán a cumplir su palabra. ☺

ENJAMBRE DE HISTORIAS



Mexicanísimo

Para Fernando Valls

Nomás le sorrajé siete plumazos
cuando me dijo entre susurros que
era el padre de mi hija.

Reporte ciudadano

Yo no tengo la culpa, oficial. Él se atravesó cuando yo tenía el semáforo verde a mi favor. Él no atendió los claxonazos que le pitaba. Al contrario, me lanzaba obscenidades con el cordial. Dígale que aprenda educación vial. Yo sólo lo centré para poder pasar libremente con mi camioneta. A mí no me culpe, oficial.

Telaraña de la portería

Cuando desperté, encendí la televisión, pero el balón ya estaba ahí, entre la telaraña de la portería. Habíamos perdido uno a cero.

Grabado con láser

Confrontado por la sirena, incrédula de su repertorio, Odiseo la atenazó con su iPod.

Pastrana

¿Qué si soy la mujer más fea del mundo? ¿Acaso no se han visto por la mañana en el espejo? Pues háganlo seguido, así entenderán por qué me cepillo la barba, la cabellera encrespada y respunto mi luengo bigote. Las pilosidades también me crecen en demasía en recodos ignotos, pero eso a ustedes no les importa, ni les hablaré de ello, aunque sí les aseguro que tengo quien me atienda esas zonas, no sólo el zopenco de mi marido, sino también el domador, el acróbata y el contorsionista, pero ya estoy incumpliendo una palabra empeñada

entre las sábanas. ¡Ultimadamadrementemente qué!, ¿a ustedes les importa mi vida entre los colchones? ¿Qué no me preguntaron? Entonces sigo con lo mío. ¿Se miraron cuando enjugaban su rostro en el lavabo? Yo lo hago cada mañana, antes del oca-so y cuando comparezco por las inclemencias del insomnio. Nada les pasará cuando se miren. Después de contemplarse ya no querrán salir a la calle blandiendo una daga, ni querrán guarecerla en el vientre de su esposa, menos aun empuñar la espada para trozar al vecino escandaloso.

Apenas me miro en el espejo entiendo por qué me endilgaron los mote de Mujer Oso, Hembra Lobo, La Más Fea, comprendo en-

tonces por qué ladro, aúllo o rebuzno mientras contemplo mi rostro en esa planicie cenagosa intitulada espejo, ese maldito azogue que titila una belleza de otro tiempo. Una beldad arrancada de otras comarcas. En cuanto me ojeo, abandono la daga que acampa en mi cintura y plugo al Señor que nadie se espante cuando vagabundeó por la calle, o que ninguna señora cuchichee en esa lengua de perros mientras la estilista me aplaca el demasiado cabello.

Si se asoma el temor en la pupila de los peatones, o aquellas metiches bisbisean mi fealdad mientras paseo, yo los maldigo, ¡Infelices! ¿Qué no se han visto ante el espejo? ¡Háganlo, Julia Pastrana se los

encomienda! Cuando así comparezcan, dispondremos de menos huérfanos, pocas viudas y entierros menos. Entonces entenderán que ninguna belleza los acompaña, que debajo de su piel supura el odio contra sus semejantes. Entonces entenderán que aún no han aplacado a ese maldito mal emboscado en su alma. La bella soy yo, se los digo a ustedes antes de que partan a sus hogares cuando termine la función. Y antes de que concluya mi acto les pregunto, ¿se miraron en el espejo por la mañana? Ya lo sabremos en el desayuno, cuando el voceador pregone los muertos abandonados a la vera del camino. ✱





Lo en el jardín

En las mañanas de cada domingo, tendías un cobertor sobre el césped, deshacías sus arrugas como si plancharas un mantel o tu blusa, luego desanudabas los tirantes para despojarte del vestido y tenderte bajo el sol del mediodía tal cual yo te conocía: blanca del mentón hasta el dedo meñique de tu pie izquierdo. Negras nubes en el pubis, girones más negros en la frente y un cúmulo oscuro y desordenado flotando sobre tu cabeza, coronada por diminutas flores arrancadas del jardín, injertadas por mí mientras te contemplaba, alelado por tu osadía: posar sin corpiño ni braga ante el sol resplandeciente y la mirada azorada de los niños

del vecindario que transitaban en sus bicicletas. Si la baranda no te encubría de los fisgones, menos yo podría hacerlo de las miradas de esos mozalbetes, la histeria de sus madres y el ánimo lascivo de los padres que se asomaban al jardín para arrojarse con el nido de aves que resguardabas entre las piernas.



Solicitud

Don Humbert, ¿se lo mamo como chupón? ¡No, mejor como pirulí!
—Ándele pues, Dolores.



Pilosías

¿Por qué sólo bajo la regadera
me rasura el pubis, don Humbert?
En el jardín justo al mediodía, ¿no
podría?



Cabezal

¿Así se llama? ¿Prepucio? Un gu-
sano cara de niño.



Solitaria

No sé cuándo lo aprendí ni quién me lo enseñó. Ya que don Humbert no me llenaba durante las noches ni con sus turgencias matutinas. Cuando entraba a la ducha y su cálida llovizna caía sobre mi cuerpo, mis manos tentaleaban la grieta de mis piernas hasta que sonreía, hasta que reía, hasta la carcajada profunda de una dicha sin sosiego. Luego enjabonaba el cabello. Con una esponja me esmeraba en mis piernas, brazos, axilas, rostro y manos. Cuando salía, Humbert me preguntaba, Qué tanto hacías ahí dentro, se oía mucho ruido. Nada, le respondía. Y seguía mi camino

hacia la recámara para escarmenar
y secar ese torbellino que sobrevolaba
mi cabeza — así le decía don
HH—. Pero antes de vestirme,
clausurada la puerta con el cerrojo,
el cordial de nuevo husmeaba entre
mis labios vaginales, pero sin llegar
hasta la carcajada.



Dolores

¿Lola? ¡Lola! ¡¡¡ Looo-laaaa!!!
Gritaba su madre por el corredor,
pero no le respondía, pues ya se
atragantaba con el pene de Humbert
Humbert.



Prostática

Míster Humbert, ¿por qué su
mástil ya no se eriza?



Lugosismos

En luna roja no beba de la fuente,
Humbert, ¡¿cuántas veces se lo he
pedido?! Qué gusto ése de amaman-
tarse con mi sangre menstrual.



Relevos gringos

Lolita encontró en su alcoba a los
amantes. Él era amigo de Humbert.
Ella, amiga suya, a quien corrió de la
casa a empellones para yacer con el
amigo de HH.



Súbditos del miembro

A Lolita lo que es de Humbert,
a Humbert, el coño de Lolita.



Novelerías

Cuando Lolita envejeció, se
convirtió en la protagonista de una
novela sobre nínfulas.



Apunte

Sólo quería que me desearan,
anotó Lolita en la única entrada que
estampó en su diario.



Duda

Cuando encontró un mechón de
canas sobre la almohada, un relám-
pago agrietó su corazón, ¿y si Lolita
me engaña? Si yo siempre le he sido
fiel, ¿se atrevería a yacer con otro?



Rojo sangre

¡Te dije que durante los plenilunios de la menstruación no bebas de esa fuente! ¡Cochino!



Silvestre

Cuando se sentaba a la mesa, Lolita botaba el cuchillo, arrojaba el tenedor y la servilleta por la ventana, luego bebía a borbotones de la jarra, antes de atacar el pollo a dentelladas.



Lolita la parvularia

¿Qué quieres hacer el 69 conmigo? ¿No te platicó mi madre en una de esas noches calurosas del verano en que suspirabas, imaginabas y deseabas mi cuerpo mientras la poseías en su alcoba, que nomás cursé hasta el tercer grado en una escuela pública donde apenas aprendí a contar — a costa de azotes en el trasero, aullidos de la profesora y bofetadas maternas — hasta el número cincuenta? ¡So borrico!



La friega

Barrer los pisos, sacudir el polvo de cada mueble, lavar el trasterío mugriento del desayuno, preparar la comida del señor Doble H, soportar su cháchara de profesor durante la sobremesa, ¿qué vida es la mía al lado suyo? Cuando me prometió aventuras, romance, éxtasis nocturnos y servidumbre a mis órdenes. Nada de eso me da, apenas me obsequia contados minutos de sexo en los que trabaja sólo sus venidas, no las mías. ¿Por qué sigo aquí de su fórmula?



De la vida conyugal

Ya no hay caricias, sólo me penetra, tiembla y gime. Sin mediar las buenas noches, una caricia o un beso para el buen dormir, se acurruca bajo el cobertor, instantes después se queda dormido, luego ronca. Éste es el justo momento que aprovecho para ponerme el camisón. Ya vestida de seda, toco la ventana del vecino. Mientras llega lo espero con las piernas abiertas sobre el sillón del cuarto de estar, pero no dejo que me penetre hasta que no me haya humedecido con su lengua, dedos y hartos besos esa boca vertical que me regala otras sonrisas en la noche, a veces carcajadas, en otras llanto.



Pioneros

Yo le pedía variaciones, le insistía cada noche con sus días, pero él era muy testarudo. Nada más se complacía con la grieta que mi pubis oscurece. Por eso busqué nuevos exploradores para que sofocaran los incendios que estallaban en mis grutas, planicies, laderas y colinas.



Imperio del deseo

Después de que me rebozaba la vulva con su semen, le preguntaba al vecino, Con quién duermes, corazón, pero al instante mi dedo fulminaba su boca para responder por él: Dime con quién sueñas y te diré a quién deseas.



Doméstica

Yo esperaba que el pescado chapoteara en el aceite cuando lo arrojaba a la sartén para freírlo. Quería servirle a míster Humbert un guiso sazonado, intenso de sabor y cocido al dente, pero el animal ya no se agitaba.



Sésama

Lola, ábrete, quiero penetrarte.



Lacaya

Él me enseñó a hacer reverencias
a su falo y a besarle el glande con el
culo destapado.





Retrato

Con que esto escribes de mí, zoquete: “...era una sirena en las aguas verdosas de la tina...” ¡Vete al diablo, Humbert! Jamás creí que fueras un gran escritor, pero al menos descríbeme con la simple realidad de mi cuerpo desnudo en el lecho, que es la única estancia doméstica donde me has recorrido. Nunca en la cocina, ni en el baño, mucho menos han resonado tus pujidos en el jardín cuando me embates para sobre llevar tu monotonía. Únicamente sobre la cama te has aplicado para poseerme. ¿Sirena? Abrase visto semejante pelmazo.



Genitálica

¿Ay, Humbert, por qué cada vez
que hablas los genitales se asoman
en tus palabras?



Poeta y vago

Si de verdad yo fuera su musa, le
pediría que me lavara los pies luego
de cada friega doméstica. No le
permitiría nunca quedarse ahí sen-
tado trabando palabras que nadie
usa. Sus amigos lo llaman poeta,
para mí sólo se regodea en los ocios
del vago.



Consulta

En uno de sus libros leí mientras le buscaba un lugar en el librero para acomodarlo: “También los tipos mediocres crean a veces grandes obras.” Desde entonces me lo pregunto por las noches y las mañanas en que sales a vagabundear. ¿Quién sabrá? ¿A quién podré preguntarle si en tu caso podrás crear esas obras? ¿Te ajustarás al tipo mediocre?



Parvulismo

Eres como un niño, poeta. Cuando te sientas a la mesa tus pies se balancean porque no se asientan en el piso. Y cuando sales a cazar tus mariposas, te comportas como un infante liberto en el jardín. Y cuando te sorprende bocetando eso que llamas escribir de reversa, se nota más en tu semblante el alegre fantasma de tu infancia.

De tu cuaderno, copio este palíndromo: “A tu paso rosa puta.” La típica escritura de un infante que aprende la lección.



Reclamo

Le falta brutalidad, don Humbert. Azóteme, gríteme, regañe a su querida — eso soy para usted, ¿verdad?—. Enciérreme bajo llave, pero no me hable con esos melifluos pétalos de voz que no meten a la compostura, ni espantan, ni callan cuando lo ordenan.



Infidencias de Humbert Humbert

Retozaba con Lolita sólo cuando su ciclo circadiano se anunciaba por los cólicos, justo en ese instante olía su cuenca, oteaba sus enaguas y, si mostraban rastros de sangre, me disponía a sorberla por la noche. Mentira que gozara de ella. Conmigo no conoció hombre. Únicamente me importaba su ninfalidad y la sangre virginal que escurría de su vértice, por eso nunca la penetré, ni la poseí por otros frentes. Sangre, virgen y nínfula: una promesa triplicada de vida: la mía. Nada más buscaba su sangre menstrual, que bebía directamente de su fuente, labios

embrocados en otros labios. A ella no le gustaba — eso decía, la muy ladina, pero sus pupilas se iluminaban con lujuria gatuna a cada lengüetazo —, mas yo me afanaba hasta que dejaba de arañarme o empujarme o gritarme maldiciones con esa voz de carretonero ebrio para que no sorbiera más de su manantial.

Al resistirse felinamente a que le chupara el líquido de su musgo, se intensificaban sus gemidos, espasmos y desmayos. Cuando terminaba su periodo — días de luna, así los llamaba Lolita —, ya en nuestro lecho le daba la espalda a esa mugrienta infanta pedorra. Yo lo único que quería era mantenerme sabio, joven y blanco sorbiendo sus fluidos. Nada más. ❀

0 & ∞

Cuando el hombre descubra vida en el espacio sideral, desde ese momento nos convertiremos en un cero en el infinito.

El genio y el psiquiatra

El dolor del ajedrecista. Las últimas palabras de Bobby Fischer, dirigidas al psiquiatra Magnus Skulason, director del hospital psiquiátrico penitenciario de Islandia, asentaron: “No hay nada que alivie el dolor como el toque humano.”

Décadas de vida

Confesó Raúl Renán en la entrevista que le realizaron en *Laberinto*, previa al homenaje cumpleaños de sus ochenta años: “La persona más cercana a mí, soy yo. El que yo necesito para vivir, pero soy yo el que mando, no el otro.”

Recurso no renovable
Para los escritores, el tiempo es el
único bien no renovable.

Verdugo con capirote
Me acusan de que en otra vida fui
verdugo. Sin embargo, les aclaro, no fui
verdugo con capirote, fui cicuta.

Medievalismos
La edad media mexicana: el siglo
XXI. Otro oscurantismo.

Matutina
La chiva expiatoria urgió su ordeña.

Heráldica
El manatí, el cocodrilo, la sirena, el
tigre, el dinosaurio, la vaca, la mosca, el
tlacuache y el pegaso predicán por la
zoología que se pastorea en la literatura
mexicana. ☺

Las sirenas son las musas de los narradores y los moralistas.

A ciertas mujeres les convienen las caudas de sirena.

¿La sirena trinaba su canto como un ruiseñor? No, gruñía como una hiena.

El pegaso relincha como un asno.

En mi interés resuena el deseo.

Sin exigencias no hay padecimiento. Sin padecimientos no hay exigencia.

Un escritor raro no suele cuajar en un paradigma de escritura.

Cada promesa incumplida se convierte en una sogá anudada al cuello.

A los hombres ilustres, la rotonda de la perpetuidad.

El peterpanismo es la enfermedad incurable de la izquierda universitaria.

De haber conocido en mi adolescencia a Fogwill, este narrador argentino se hubiera convertido en mi héroe apenas leída la anécdota que lo define: durante tres días, mientras escribía *Los Pichiciegos*, aspiraba una línea de polvo hasta agostarse su gramo de cocaína. La inspiración ahí también es aspiración.

Habiendo hambre, el ingenio crece. De ahí se explica el nacimiento del hurto.

Esta noche, a la quiebra los burdeles, predijo Pedro F. Miret.

Convoca a un amigo, haz tertulia.

Yo también hablo de las muelas.

La soledad, el sino del escritor. ✎

ÍNDICE

Qué noche tan triste

Luto.....	5
En la penumbra	6
Sepulcro sin nombre.....	7
Vox populi	8
Desamparo	9
Sepulcro.....	11
Últimas palabras.....	12
Ilusión	13
Murmuraciones	14
Capirote.....	15
El rédito de los optimistas	16
Trágica	17
Lapidaria	18

Los derrumbes de la noche

Receta	20
Mensaje.....	21
Pozolero.....	22

Silencio húmedo.....	23
Promesa	24
Declaración (I)	26
Nocturno.....	27
Reclamo	28
Los derrumbes de la noche	29
Declaración (II).....	30
El refugio.....	31
Alto	32
Despedida.....	33

Enjambre de historias

Mexicanísimo.....	35
Reporte ciudadano.....	36
Telaraña de la portería.....	37
Grabado con láser	38
Pastrana	39

Lola la parvularia

Lo en el jardín	45
Solicitud	46
Pilosías	47
Cabezal	47
Solitaria	48
Dolores	50
Prostática	50
Lugosismos.....	51
Relevos gringos.....	51
Súbditos del miembro	52
Novelerías	52
Apunte	53
Duda.....	53
Rojo sangre.....	54
Silvestre	54
Lolita la parvularia.....	55
La friega.....	56
De la vida conyugal	57

Pioneros.....	58
Imperio del deseo.....	59
Doméstica.....	59
Sésama.....	60
Lacaya.....	60
Retrat.....	62
Genitálica.....	63
Poeta y vago.....	63
Consulta.....	64
Parvulismo.....	65
Reclamo.....	66
Infidencias de Humbert Humbert.....	67
Pregones (I).....	70
Pregones (II).....	73



Este depósito de lamentos,
arca de la desolación, epifanías
brutales, silencios por duelo,
peatones en el futbolito, túmulo de
cenizas, heroínas pilosas, pregones sin
aliento y un saludo postrado de hinojos
a Dolores de Nabokov, la más cábula ninfa,
zarpó hacia la realidad más triste desde los
Talleres de Impresión del Colegio de Ciencias y
Humanidades, plantel Naucalpan, el 17 del agosto de
2015, año centenario de *Los de abajo*. Edición al cuidado
neurótico de su autor, quien te agradece tiempo,
lectura y compañía sosegados. Los caracteres
tipográficos utilizados fueron de la Hoefler
Titling y el panal de jibarías fue impreso
en papel classic eggshell de 110 grs. para
interiores y cartulina eggshell de 216
grs. para los forros. La edición
consta de 200 ejemplares.



DIRECTORIO

UNAM

Dr. José Narro Robles

Rector

Dr. Eduardo Bárzana García

Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Francisco José Trigo Tavera

Secretario de Desarrollo Institucional

Enrique Balp Díaz

Secretario de Servicios a la Comunidad

Lic. Luis Raúl González Pérez

Abogado General

Dr. Héctor Hernández Bringas

Coordinación de Planeación

Presupuestación y Evaluación

Renato Dávalos López

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Jesús Salinas Sánchez

Director General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director

Mtro. Kesbava Quintanar Cano

Secretario General

Biol. Rosa María García Estrada

Secretaria Académica

Lic. Raúl Rafael Rodríguez Toledo

Secretario Administrativo

Mtra. Olivia Barrera Gutiérrez

Secretaria Docente

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Ing. Víctor Manuel Fabian Farías

Secretario Técnico del Siladín

Mtra. Ciro Plata Monroy

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Lic. Rebeca Rosado Rostro

Unidad de Planeación

Mtra. Reyna Rodríguez Roque

Jefa del Depto de Comunicación

Lic. María Eugenia Ortiz Luna

Jefa del Depto. de Impresiones

Murmullos en el desconsuelo,
el crepitar de la indignación a
través de la penumbra, derrumbes
anunciados, caídas inesperadas:
la crudeza sin ambages de nuestra
realidad, matizada acaso por la
ironía y el sarcasmo. La histeria
hecha historia. *Enjambre de
historias* es un libro polifónico,
encuentra la armonía en el tumulto
de los gritos que se entrecruzan
en un diálogo cultural y literario.
El secuestro, el dinosaurio de
Monterroso, las desapariciones
forzadas o la *Lolita* de Nabokov
inspiran estas páginas llenas de
violencia. Una obra conmovedora,
cargada de serendipias. El lector
tiene en sus manos un zarpazo.

Hiram Barrios

